

LA SANTÍSIMA TRINIDAD
Homilía del P. Cebrià Pifarré, monje de Montserrat
3 de junio de 2007
Prov 8:22-31; Rom 5:1-5; Jn 16:12-15

La fiesta de este domingo nos quiere recordar que la vida cristiana, en todas sus vertientes, lleva el sello del misterio trinitario de Dios: el símbolo de la fe que recitaremos dentro de poco, la reflexión teológica, el compromiso ético y social, y sobre todo la oración. Los cristianos, cuando rezamos, siempre nos dirigimos a Dios, invocándolo como Padre de Jesucristo y Padre nuestro, que habita en los nuestros corazones por el don del Espíritu Santo. Los que hemos tenido la suerte de aprender a rezar desde pequeños, recordamos con gratitud cómo, al empezar y al acabar la jornada, nuestra madre o nuestro padre, nos enseñaban a invocar a la santa Trinidad haciendo la señal de la Cruz. El signo de la Cruz, ¿no es quizás como un resumen de la historia de la pasión gloriosa del Cristo Jesús? La Cruz del Resucitado nos sitúa delante del Dios viviente de salvación. De hecho, los cristianos, como los judíos, cuando hablamos de Dios no lo hacemos en absoluto desde un lenguaje abstracto, desde una filosofía, sino que contamos una historia. Los judíos hablan de Dios y lo invocan haciendo memoria de la salida de Egipto, en el cual Dios se manifestó como el Dios que abre caminos de libertad y de gracia a los que viven oprimidos por la esclavitud. Los cristianos hablamos de Dios y lo invocamos recordando la historia de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Porque es en la Pascua de Jesús, que Dios implanta en la historia de los hombres su Reino y su Gloria. Muy temprano, con el fin de preservar su singularidad, los cristianos expresaron el acontecimiento de Pascua desde la confesión trinitaria.

La Cruz de Jesús, desde una óptica meramente humana, es maldición, ignominia y fracaso. Que los cristianos la presentaran como la Cruz del Resucitado, manifestación de la sabiduría y del amor sin límites de Dios, era para judíos y griegos piedra de escándalo, y para nuestros contemporáneos continúa siendo piedra de tropezar. Así, a la pregunta crucial: este Jesús crucificado, de quien vosotros confesáis la resurrección, ¿quién es?, los cristianos respondían: respecto a Dios, Jesús es el Hijo amado, cuya existencia humana ha sido confirmada por Dios; respecto a nosotros, Jesús es el Salvador, el dador del Espíritu. La Pascua de Jesús y la Trinidad son, de hecho, inseparables. Confesar a Dios desde la Pascua de Jesús es, pues, la manera cristiana de hablar de Dios. Que en Jesús y en su Espíritu, Dios Padre se ha manifestado como palabra de felicidad, alumbramiento de aquello inesperado, evangelio y consolación, canto de fiesta y llamada a la verdadera libertad, hay que recordarlo una y otra vez, sobre todo en la actual situación de vacío espiritual y de eclipse del sentido cristiano de Dios. En el imaginario de muchos de los nuestros contemporáneos, educados quizás en una religiosidad con demasiados aspectos penosos, persiste todavía una imagen perversa de Dios, principio de culpabilización y de desprecio de las criaturas. Por eso se hace necesario hablar de Dios a partir de aquello que ocurrió en la historia de Jesús de Nazaret, lugar de la revelación de Padre y camino de encuentro con los hermanos y hermanas, llamados a la comunión, con el mismo Espíritu.

Cómo es, sin embargo, de limitado nuestro lenguaje y de débil nuestra razón ante la sobreabundancia del Amor de Dios, las páginas de la Biblia no cesan de recordarlo. Y es que la fe -nos lo recordaba hoy el apóstol Pablo en la lectura a los cristianos de Roma- no es una conquista difícil sino un acto de confianza en el amor que Dios nos ofrece, de manera que nos atrevemos a confiar en Él en toda situación, habitados como estamos por su presencia. Si, tal como nos recordaba hoy la palabra del Evangelio, nos dejamos guiar por el Espíritu de Jesús, entonces la Trinidad ya no será una simple afirmación doctrinal, un discurso sin pies ni cabeza, sino un estilo de vida, hecho de compartir y de amar sin cálculo. Misterio de generosidad y de acogida del otro, porque cada persona se remite al otro, la Trinidad es el modelo de comunión que estamos llamados a vivir. En este sentido se afirma que la comunidad eclesial, es icono de la Trinidad. Ojalá no nos quedáramos en palabras bonitas, y nuestras comunidades se convirtieran en espacio de comunión, reclamo para vivir una existencia única y diversa, en la cual se expande el amor trinitario; espacio en el cual descubrimos que todos somos uno en Cristo, somos el Cuerpo de Cristo, y al mismo tiempo cada uno es diferente, imagen única del Dios viviente, iluminado en su vocación personal por la llama de Pentecostés. En la comunión fraterna cada uno llega a ser él

mismo, consciente de no estar separado de nada ni de nadie. Y eso en la medida que el otro me es infinitamente próximo e infinitamente desconocido, en una comunión que es armonía en el amor total de las personas y al mismo tiempo soledad indispensable en Dios, que está donde está la fuente de la comunión.